

*Monarquía, nación y Estado en Italia**

Marina Tesoro

Universidad de Pavía

Fecha de aceptación definitiva: 2 de octubre 2009

Resumen: La crisis italiana de finales del pasado siglo llevó a los historiadores a preguntarse sobre las razones de la débil identidad nacional, haciéndoles toparse así con la monarquía, desatendida hasta entonces en la investigación histórica. El presente trabajo analiza las recientes aportaciones al tema desde varias aproximaciones disciplinarias y metodológicas (constitucional, política, cultural) y propone algunas claves de lectura: 1) la amenaza que para el liberalismo italiano representó la falta de neutralidad con la que los reyes administraron su poder; 2) la práctica parlamentaria del «transformismo», que fundamentó la legitimidad para ejercer el gobierno en la fidelidad al Estatuto y al rey; 3) el recíproco interés del rey y del *duce* en la «diarquía» planteada durante el fascismo; 4) el fracaso en la fundación de una religión civil en torno al rey y a la dinastía, que impidió colmar el déficit de legitimidad originaria del Reino de Italia; 5) el desafío que a la cultura monárquico-liberal plantearon otras culturas políticas antagónicas (católica, republicana, socialista).

La monarquía no dejó tras de sí añoranza en los italianos, que no comparten plenamente, sin embargo, los valores de la ciudadanía republicana y que manifiestan débiles sentimientos de común pertenencia.

Palabras clave: Monarquía, Estatuto, prerrogativa regia, transformismo, religión civil, culturas políticas.

Abstract: The Italian political crisis of the 90's leded the historians to investigate the causes of the weak 'National Identity'. On that context, the 'Monarchy', previously neglected from a historiographical point of view, appeared to be a more and more interesting topic. This paper analyses the recent contributions to this question from several disciplinary and methodological approaches (constitutional, political and cultural) and proposes some keys for its understanding: 1) the threat for the Italian liberalism represented by the lack of neutrality which the kings administered their power with; 2) the parliamentary practice of the «transformismo», that based the legitimacy to exert the government in the fidelity to the Statute and to the king; 3) the reciprocal interest of the king and the 'Duce' in the «diarquía» implemented during the Fascism; 4) the failure in the foundation of a civil religion around the king and to the dynasty hampered the reduction of the original deficit of legitimacy suffered by the Kingdom of Italy; 5) the challenge that to

* Traducción de Tomás Pérez Delgado. Universidad de Salamanca.

the monarchist-liberal culture raised other antagonistic political cultures such as catholic, republican or socialist.

The monarchy disappeared without generating too much nostalgia among the Italians. Nevertheless and simultaneously, the values of the republican citizenship are not totally and broadly accepted neither, and the feelings of belonging to a common national project are weak.

Key words: Monarchy, Statute, Rígal prerogative, ‘Transformismo’, Civil religion, Political cultures.

Punto de llegada historiográfico

Durante demasiado tiempo la Monarquía ha permanecido como «la gran desconocida de nuestra historia»¹. Pese a las dimensiones imponentes de la publicación dedicada a la corona, a la dinastía o a algunos exponentes individuales de la Casa de Saboya, difundida tanto a nivel de la alta cultura —doctrina jurídica, ensayística— como en forma divulgativa durante toda la duración del Reino de Italia (1861-1946), la Monarquía no ha gozado de «buena reputación»² entre los historiadores, que frecuentemente le han asignado en sus narraciones una posición secundaria, en algunos casos casi accesoria. Además, el tema de la Monarquía ha producido singulares oscilaciones interpretativas³. Especialmente tras la II Guerra Mundial, el juicio histórico ha estado constantemente basculando de un extremo absolutamente crítico y negativo, a su opuesto, positivo y en cualquier caso absolutorio. En suma, en la historiografía se ha reflejado el estereotipo precoz, difuso y tenaz en la cultura italiana, del *Risorgimento* como «conquista regia» por parte del usurpador Piamonte saboyano⁴ y ha pesado de manera condicionante la condena moral y política de Víctor Manuel III, primero cómplice de Mussolini y, después, dubitativo e inepto tras el armisticio del 8 de septiembre de 1943⁵. O bien, por el contrario, en los estudios históricos se ha reflejado aquella imagen construida en el período liberal, que presenta a la Monarquía como artífice de la independencia nacional, liberadora y generosa, nacional y patriótica, más tarde constreñida por las circunstancias a ceder al fascismo, pero capaz incluso de rescatarse a sí misma asestando el golpe mortal al régimen el 25 de julio de 1943⁶.

Este enfoque, reduccionista o quizá excesivamente desequilibrado en el plano interpretativo, se modifica significativamente a partir de los años noventa. No parece casual que una reflexión tan diversa sobre el papel de la Monarquía se haya puesto en marcha justo al inicio de la década en que se asistió en Italia a la crisis de la llamada «I República». La irrupción en escena de nuevos actores políticos, como la Liga Lombarda, que agitan programas secesionistas y contestan los símbolos del Estado unitario, partiendo de la bandera tricolor, el riesgo de que

¹ RUMI, Giorgio: «La politica nobiliare del Regno d'Italia. 1861-1946», *Collection de l'École française de Rome*, 107 (1988), p. 580.

² BRICE, Catherine: *Le rôle de la monarchie dans la construction d'une identité nationale italienne. (1861-1911)*, Tesis de doctorado de Estado del Instituto de Estudios Políticos de París (dactilografiada), 2005, vol. I, p. 3. Agradezco a la autora que me haya permitido consultarla.

³ MAZZONIS, Filippo: «Introduzione», en F. Mazzonis (ed.), *La monarchia nella storia dell'Italia unita. Problematiche e esemplificazioni*, Roma, Bulzoni, 1997, pp. 7-17.

⁴ GALLI DELLA LOGGIA, Ernesto: «La conquista regia», en G. Belardelli, L. Cafagna, E. Galli della Loggia, y G. Sabbatucci, *Miti e storia dell'Italia unita*, Bologna, Il Mulino, 1999, pp. 21-31.

⁵ KATZ, Robert: *La fine dei Savoia*, Roma, Editori Riuniti, 1975.

⁶ MOLA, Aldo A.: *Storia della monarchia in Italia*, Milano, Bompiani, 2002.

los italianos dejen de reconocerse como nación⁷ y la apertura del debate sobre las razones de la «débil identidad» italiana⁸: todos estos factores conducen —querría decir *inevitabilmente*— a afrontar el tema de la Monarquía. De hecho, para bien y para mal, la historia de la Italia unida comienza el 4 de marzo de 1848, cuando en el Reino Sardo-Piamontés entra en vigor el Estatuto otorgado por Carlos Alberto de Saboya, recibido como carta fundamental del Reino de Italia en el momento de su proclamación el 17 de marzo de 1861. Aquel es el punto de partida al que es preciso remontarse para tratar de comprender los caracteres históricos del Estado y del sistema político italiano, con la finalidad de valorar si en el pasado nacional se consolidó un sentimiento de pertenencia común y con el objetivo de saber si existió alguna vez, o cuando menos si se intentó construir, una religión civil.

La nueva atención mostrada hacia la Monarquía se ha desarrollado siguiendo dos pistas de investigación: una aproximación, de corte político-institucional, ha considerado el papel jugado efectivamente por la Corona de Italia como órgano del Estado, no sólo en los grandes giros históricos, sino también en la continuidad, con sus significativas intervenciones sobre la arquitectura del sistema político⁹; la otra senda, que refleja los planteamientos de la historia cultural abierta a las sugerencias de otras ciencias sociales, ha analizado las formas y los contenidos de los procesos de *nation building*, para evaluar en qué medida la presencia de la Corona y de la dinastía —bajo cuyo emblema combatieron por la independencia y la libertad de Italia el ejército y los voluntarios¹⁰— intervino en la puesta a punto de un sistema simbólico-ritual con fines de nacionalización y de politización¹¹. Finalmente, la historia de la Monarquía italiana ha pasado a formar parte de los estudios de carácter comparativo tanto sobre los procesos de modernización coincidentes con el nacimiento de los Estados unitarios *late comers* en el segundo

⁷ RUSCONI, Gian Enrico: *Se cessiamo di essere una nazione*, Bologna, Il Mulino, 1993.

⁸ GALLI DELLA LOGGIA, Ernesto: *L'identità italiana*, Bologna, Il Mulino, 1998.

⁹ ALLEGRETTI, Umberto: *Profilo di storia costituzionale italiana. Individualismo e assolutismo nello stato liberale*, Bologna, Il Mulino, 1989; COLOMBO, Paolo: *Il re d'Italia. Prerogative costituzionali e potere politico della Corona (1848-1922)*, Milano, Franco Angeli, 1999; COLOMBO, Paolo: *Storia costituzionale della monarchia italiana*, Roma-Bari, Laterza, 2001; MARTUCCI, Roberto: *Storia costituzionale italiana. Dallo Statuto Albertino alla Repubblica (1848-2001)*, Roma, Carocci, 2003.

¹⁰ El escudo de la Casa de Saboya campeó en el centro de la bandera italiana desde el 23 de marzo de 1848, cuando Piamonte declaró la guerra a Austria, hasta junio de 1946.

¹¹ TOBIA, Bruno: *Una patria per gli italiani. Spazi, itinerari, monumenti nell'Italia unita (1870-1900)*, Roma-Bari, Laterza, 1991; LEVRA, Umberto: *Fare gli italiani. Memoria e celebrazione del Risorgimento*, Torino, Istituto per la Storia del Risorgimento, 1992; PORCIANI, Ilaria: *La festa della nazione. Rappresentazione dello Stato e spazi sociali nell'Italia unita*, Bologna, Il Mulino, 1997; RIDOLFI, Mauricio: «Italie in cammino. Politicizzazione, cittadinanza e identità nazionale dall'Unità alla Repubblica», en S. Bertelli (ed.), *La chioma della vittoria. Scritti sull'identità degli italiani dall'Unità alla seconda Repubblica*, Firenze, Ponte alle Grazie, 1997; BRICE, Catherine: «La politisation de l'Italie à la fin du XIX^e siècle», *Rassegna storica del Risorgimento*, 2 (2003), pp. 251-274; BRICE, Catherine: *Le rôle de...*, *op. cit.*

Ochocientos, como sobre las estrategias de relegitimación de las Monarquías en la época contemporánea, cuando se ha tratado de armonizar el principio dinástico con el de la soberanía popular a través del instrumento de la Constitución¹². Por último, llenando una laguna historiográfica casi verdaderamente inexplicable, se ha dedicado también una investigación detallada y específica a su relación con el fascismo desde el punto de vista constitucional¹³.

En definitiva, parece haberse consolidado ya del todo la idea de que, con diversos perfiles, «la Monarquía desarrolló *siempre* un papel determinante [...], hasta el punto de que se puede elegir legítimamente el punto de vista y, también, la clave de lectura —si no de interpretación— a través de la que volver a leer la historia de la Italia unida —al menos— hasta el final de 1943»¹⁴.

Monarquía y constitución

Una de las tareas centrales y recurrentes en el análisis de los constitucionalistas y de los historiadores concierne a la forma de gobierno de la Italia prefascista: ¿estamos frente a una Monarquía constitucional pura, como la prefigurada por el Estatuto, o más bien frente a una Monarquía parlamentaria? En la hipótesis de una evolución en sentido parlamentario, ¿cuándo se habría producido el cambio: ya en el Reino Sardo-Piamontés, gracias al influjo del Conde de Cavour que habría logrado imponer una ideología constitucional de marchamo liberal¹⁵, o más bien gradualmente, a lo largo del tiempo? Para despejar la duda se han propuesto diversas explicaciones: la Monarquía italiana se habría configurado como «pseudo-parlamentaria», o habría dado vida a un inédito modelo «híbrido», o quizá a otro «dualista» en el que el gobierno debía gozar de la relación de confianza sustancial y simultánea tanto del rey como del parlamento, o por el contrario, habría adquirido fatigosamente una naturaleza parlamentaria, pero que en todo no habría dejado de ser «imperfecta»¹⁶.

Ciertamente, si se acude a la lectura del Estatuto, no se puede por menos de advertir —incluso si queremos considerar sólo el número de los artículos dedicados directa o indirectamente a la Corona, 36 sobre 84— que el rey viene reconocido como el eje que soporta el ordenamiento estatal y cuyos poderes, definidos

¹² TESORO, Marina (ed.): *Monarchia tradizione identità nazionale. Germania, Giappone e Italia tra Ottocento e Novecento*, Milano, Bruno Mondadori, 2004; GUAZZALOCA, Giulia (ed.): *Sovrani a metà. Monarchia e legittimazione politica in Europa tra Otto e Novecento*, Soveria Mannelli, Rubettino, (en prensa).

¹³ QUAGLIA, Federico: *Il Re dell'Italia fascista. Forma di governo e costituzione nel regime dittatoriale*, Roma, Aracne, 2008.

¹⁴ MAZZONIS, Filippo: *La Monarchia e il Risorgimento*, Bologna, Il Mulino, 2003, p. 10.

¹⁵ GHISALBERTI, Carlo: *Storia costituzionale d'Italia. 1848-1948*, Roma-Bari, Laterza, 1974.

¹⁶ Las definiciones son, respectivamente, de MARANINI, Giuseppe: *Storia del potere in Italia. 1848-1867*, Firenze, Vallecchi, 1973; MARTUCCI, Roberto: *Storia costituzionale italiana...*, op. cit.; MORTATI, Costantino: *Le forme di governo*, Padova, Cedam, 1973; ALLEGRETTI, Umberto: *Profilo di storia...*, op. cit.

detalladamente, aparecen de extrema relevancia político-institucional. Esta «neta y absoluta prevalencia del poder regio»¹⁷ depende de las circunstancias históricas en las que se otorgó el Estatuto. Carlos Alberto de Saboya, refractario a cualquier hipótesis constitucional que limitase su potestad de soberano absoluto, mientras la oleada revolucionaria de 1848, propagándose por Europa, amenazaba también al pequeño Reino de Piamonte, se dejó convencer por sus ministros y consejeros para jugar anticipadamente y concedió la Carta Constitucional con el fin de no dejar espacio a la calle y a los demócratas, y en la convicción también de salvaguardar el futuro de la dinastía. El Estatuto —así llamado para no evocar ni siquiera en su denominación la aborrecida perspectiva de la Asamblea Constituyente, de matriz revolucionaria— iba al encuentro de la demanda de formas representativas planteada por las *élites*, moderadas pero modernizadoras, que buscaban un contexto político y social más acorde a sus propios intereses. A cambio, el rey obtenía el juramento de perenne fidelidad a la dinastía de los Saboya y, sobre todo, se aseguraba la garantía de que en el texto constitucional se estableciesen inequívocamente las amplias prerrogativas del soberano¹⁸.

Esta alianza entre corona y liberales moderados piamonteses dio el *imprinting* a la sucesiva historia constitucional italiana. Cuando Carlos Alberto y su sucesor, Víctor Manuel Manuel II, a diferencia de todos los otros soberanos de los Estados italianos preunitarios, comprendieron la irreversibilidad del proceso histórico en marcha y decidieron no abrogar el Estatuto, no sólo abrieron el camino para entrar en la leyenda, sino que fundamentalmente conquistaron la posición de primacía sobre todas las casas reinantes en la península, lo que les permitió transformar la dinastía de regional en nacional. Legitimados como reyes de Italia por voluntad de la nación y no sólo en base al principio monárquico¹⁹, Víctor Manuel II, Humberto I y Víctor Manuel III, igual que Carlos Alberto, continuaron considerando, sin embargo, el interés dinástico como superior y prioritario, defendieron tenazmente el respeto a las prerrogativas regias —reajustadas poco a poco, pero nunca anuladas, ni siquiera en tiempos de la «Monarquía fascista»²⁰— y quién más quién menos nutrió sentimientos de desconfianza respecto a los otros poderes del Estado, en particular del parlamento.

¹⁷ BISCARETTI DI RUFFIA, Paolo: «Statuto albertino», en *Enciclopedia del diritto*, Milano, Giuffrè, 1990, vol. XLIII, citado en MAZZONIS, Filippo: *La Monarchia...*, *op. cit.*, p. 66.

¹⁸ COLOMBO, Paolo: *Con lealtà di Re e con affetto di padre. Torino, 4 marzo 1848: la concessione dello Statuto albertino*, Bologna, Il Mulino, 2003.

¹⁹ Así en el acto de la proclamación del Reino. Para una contextualización, véase GUAZZALOCA, Giulia: «Legittimità e poteri delle monarchie europee tra Otto e Novecento: uno sguardo introduttivo», en G. Guazzaloca (ed.), *Sovrani a metà...*, *op. cit.*, pp. 7-19.

²⁰ MARTUCCI, Roberto: *Storia costituzionale italiana...*, *op. cit.*, pp. 164-253.

Por eso, sin dar demasiadas vueltas al intento de hacer encajar a la Monarquía italiana dentro de un modelo constitucional —puro, parlamentario, mixto—, los estudios históricos más recientes que han dirigido su *foco* sobre la Monarquía tratan de verificar *si* y *cómo* el rey ejerció concretamente los poderes que constitucionalmente le estaban reconocidos y cuál fue el grado de su injerencia en la esfera de la decisión política. Los análisis más convincentes atestiguan que la corona italiana, en sus tres diferentes variantes, lejos de configurarse como un poder «neutro», desarrolló una función activa, interviniendo constantemente en los asuntos de gobierno, aunque realmente de manera atenuada al pasar de un siglo a otro²¹. Manteniendo bien firme el principio de la irresponsabilidad y de la cobertura ministerial, los soberanos, titulares del poder ejecutivo, según reza el art. 5 del Estatuto, no sólo ejercieron un control vigilante sobre el proceder de los gobiernos —Víctor Manuel II y Humberto I estando a menudo presentes en las reuniones del Consejo de ministros—, sino que participaron también frecuentemente en la composición de la lista de los ministros, imponiendo incluso un nombre o, al contrario, rechazando otro²²; reivindicaron siempre una completa autonomía en la designación de los responsables de Asuntos Exteriores y de la Guerra —«los ministros del rey»—; utilizaron las redes de relaciones dinásticas conduciendo, en determinadas circunstancias, una suerte de diplomacia paralela, y condicionaron, finalmente, la formación de los presupuestos del Estado, pretendiendo siempre tener algo que decir sobre el capítulo relativo a los armamentos, a causa del doble vínculo entre corona y fuerzas armadas, simbólico —la dinastía guerrera— y funcional —el rey, jefe jerárquico del mando militar—²³.

Por lo demás, nadie ha ignorado nunca el peso determinante de la voluntad regia en los trances cruciales, no sólo desde el *Risorgimento* hasta la proclamación de Roma como capital —cuando Víctor Manuel II asumió el riesgo de la ruptura entre el Estado y la Iglesia y de la excomunión papal sobre la dinastía—, sino también durante todo el período postunitario. Por ejemplo, en 1901, Víctor Manuel III, tras los intentos de reducir al silencio al parlamento después de la violenta represión de los movimientos populares y del trauma por el asesinato de su padre —Humberto I²⁴—, designó como presidente del consejo al *leader* de la izquierda parlamentararia, Giuseppe Zanardelli, resolviendo así en sentido liberal, antes que autoritario, el embrollo político-institucional que se había producido; en 1915, su firma al pie del texto del tratado secreto con Francia e Inglaterra, el llamado

²¹ COLOMBO, Paolo: *Storia costituzionale della...*, *op. cit.*, pp. 74-88.

²² MARTUCCI, Roberto: *Storia costituzionale italiana...*, *op. cit.*, pp. 42-57.

²³ COLOMBO, Paolo: «Le prerogative militari e internazionali nella monarchia costituzionale sabauda: alcuni spunti di riflessione»; TESORO, Marina: «La monarchia tra Otto e Novecento, con uno sguardo al caso italiano», en G. Guazzaloca (ed.), *Sovrani a metà...*, *op. cit.*, pp. 201-216 y 239-246.

²⁴ Acaecido en Monza el 29-VII-1900, a manos del anarquista Gaetano Bresci.

«pacto de Londres», determinó la entrada de Italia en la guerra, en sintonía con el gobierno, pero *contra* la orientación de la mayoría parlamentaria; el 28 de octubre de 1922, mientras las camisas negras de Mussolini marchaban sobre la capital, su rechazo a decretar el Estado de sitio, como demandaba el gobierno Facta, y una vez más ignorando al parlamento, abrió las puertas a la dictadura.

En suma, se puede estar de acuerdo en que, desde la Unidad hasta el fascismo, la centralidad constitucional de la corona se tradujo en diversos tipos de injerencia: abierto y reivindicado durante el reinado de Víctor Manuel II; más discreto, pero no menos sustancial, con Humberto I; y menos practicado y menos visible, pero no inexistente, con Víctor Manuel III, en la versión de la Monarquía propia del siglo XX, cuando también en Italia, como en toda Europa, se asistió a la progresiva afirmación de la forma parlamentaria de gobierno. En definitiva, no sólo durante los primeros cuarenta años de unidad «contaba más para el Presidente del Consejo de ministros la confianza *a priori* del rey que la otorgada *a posteriori* por el Parlamento»²⁵, sino que a lo largo de toda la vida del Reino, la fórmula «el rey reina pero no gobierna» fue tomada con gran reserva. Además —y se trata de una cuestión de gran relieve—, es necesario añadir que, bajo el perfil constitucional y en la arquitectura del sistema político, incluso cuando se reajustaron los espacios para ejercitar las prerrogativas regias, la posición de la corona se mantuvo tan relevante y sólida como para representar una verdadera y propia «amenaza histórica al liberalismo»²⁶. En efecto, se demostró algo más que virtual la perspectiva de que el soberano pudiese, en determinadas circunstancias y a su discreción, reapropiarse íntegra y sustancialmente de todos los poderes para limitar o incluso para dar de lado al parlamento, avalando, bajo cobertura ministerial, un proyecto político autoritario. Si atendemos a los hechos, hasta cierto punto tomó cuerpo una solución semejante con la plena *aquiescencia* del rey. Efectivamente, no se registraron reacciones de parte del soberano cuando conoció el texto del famoso discurso pronunciado en la Cámara de los Diputados por Mussolini que, en su condición de presidente del Consejo encargado, amenazó transformar aquella «aula sorda y gris en un *bivac* de manípulos»²⁷.

El nudo de la relación entre Monarquía y fascismo merece sin embargo una reflexión aparte. Sin duda Mussolini se valió de la corona para dar cumplimiento con éxito a la conquista del poder y reconoció en 1922 al rey como única fuente de legitimidad de su gobierno. No basta: el *Duce*, al desarrollar su proyecto totalitario, no llegó a poner en discusión jamás el papel del soberano como jefe del

²⁵ MAZZONIS, Filippo: *La Monarchia...*, *op. cit.*, p. 6

²⁶ ALLEGRETTI, Umberto: *Profilo di storia...*, *op. cit.*, p. 450

²⁷ Discurso programático para solicitar la confianza, 16-XI-1922. Mussolini había recibido el encargo del rey el 30 de octubre.

Estado, sino que al contrario, utilizó sabiamente la energía todavía encerrada en la tradición monárquica²⁸ para asegurarse el consenso de sectores de la sociedad italiana, en particular de los militares y de los ambientes diplomáticos, fieles antes a la cruz blanca sobre fondo rojo, símbolo de los Saboya, que al fascio del lictor. Pero Víctor Manuel III, a su vez, persiguió un objetivo preciso: adaptándose a la situación, garantizó la supervivencia y la continuidad de la dinastía. El rey no cambió de actitud ni siquiera cuando el fascismo «vacío» el Estatuto y desveló la faz de la dictadura totalitaria, sobrepasando los límites del modelo de gobierno autoritario que él, junto con la clase política liberal, pensaba haber apadrinado en octubre de 1922. A cambio de la ficción estatutaria —el Estatuto no fue nunca formalmente abrogado—, el soberano aceptó la *diminutio* drástica de su papel —Ley de 24 de diciembre de 1925 sobre las funciones del Jefe del Gobierno y Ley de 9 de diciembre de 1928 sobre la constitucionalización del Gran Consejo—, renunció a ejercer las propias prerrogativas incluso en el ámbito de la política exterior y militar y avaló todas las opciones del *Duce*, desde la guerra de Etiopía —que le permitió adornarse con el grato título de emperador—, a las Leyes raciales, a la alianza con la Alemania nazi y hasta la decisión del 10 de junio de 1940 de ir a la guerra. La «diarquía» funcionó durante veinte años, pese a momentos de tensión entre el rey —Jefe del Estado— y el *Duce* —Jefe del régimen—. Sólo cuando la crisis del fascismo, determinada por la *débâcle* militar y por los intolerables sufrimientos de la población civil, amenazó con arrollar, junto con Mussolini, a la misma Monarquía y a la dinastía, el soberano se decidió a tomar la iniciativa, después de mil dudas y resistencias. Tras haberse asegurado una suerte de «cobertura ministerial», que le vino de la votación del Gran Consejo del fascismo —órgano supremo del fascismo, pero también órgano constitucional—, el 25 de julio de 1943²⁹, Víctor Manuel III, aplicando al art. 5 del Estatuto, ejerció sus poderes de revocar y de nombrar y, antes incluso de recibir a Mussolini para comunicarle su destitución, ya había encomendado el encargo de Jefe de Gobierno al mariscal Pietro Badoglio.

A propósito de este momento tópico en la historia italiana, se ha hablado de «dos conjuras»: del rey junto a los disidentes fascistas, o más bien, de una «revuelta de palacio» de algunos jerarcas fascistas convencidos de salvar al fascismo sin Mussolini, con el rey representando inicialmente un papel secundario; o también

²⁸ COSTAMAGNA, Carlo: «Monarchia», en PARTITO NAZIONALE FASCISTA (ed.), *Dizionario di politica*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1940, vol. II, p. 196. Costamagna era un jurista muy prestigioso en tiempos del régimen.

²⁹ La ODG contiene la invitación al Jefe del Gobierno para «implorar de la Majestad del rey, hacia la cual se dirige fiel y confiado el corazón de toda la nación, que asuma, por el honor y la salvación de la patria, junto con el mando efectivo de las fuerzas armadas, según el artículo 5 del Estatuto del Reino, aquella suprema iniciativa de decisión que nuestras instituciones le atribuyen y que han sido siempre en toda nuestra historia nacional el glorioso legado de Nuestra Augusta Dinastía de Saboya».

de un «*coup de Majesté* de Antiguo Régimen»³⁰. La sustancia de los hechos indica que el soberano, para presentarse como garante de la continuidad institucional, tuvo que reafirmar con decisión el fundamento de su propia legitimidad en el Estatuto; pero, de otra parte, puesto que su objetivo prioritario consistía en separar las propias responsabilidades de las del *Duce*, se encontró sosteniendo la gran mentira una vez más. «La tentativa de recuperar las instituciones estatutarias no se configura como el retorno a un modelo abandonado —observa uno de los más acreditados estudiosos de la Monarquía italiana—, sino como la negación de que tal abandono se hubiera producido efectivamente alguna vez»³¹. En resumen, Víctor Manuel III se comportó como si la experiencia fascista hubiese sido verdaderamente un paréntesis dentro del marco estatutario, quedando a discreción del rey dejarla continuar o, por el contrario, interrumpirla, como entonces acaeció.

En el caso italiano existe, pues, una relación evidente entre la fuerza de la Monarquía y la debilidad del liberalismo, entendido éste tanto en la acepción ideológico-cultural cuanto en la político-institucional. Los herederos de Mazzini —agrupados en aquel Partido Republicano que, único entre todas las fuerzas políticas de oposición, continuó preconizando el «prejuicio institucional»— utilizaron constantemente la cuestión del peculiar carácter conservador de la corona, más aún, autoritario y reaccionario —a su juicio— en la *específica* versión de los Saboya, para sostener la absoluta incompatibilidad entre Monarquía y democracia en Italia³².

Monarquía y sistema político

Central y potente en el plano constitucional, la Monarquía jugó también su propio papel en la determinación del ordenamiento originario y de la evolución del sistema político italiano en la época liberal. El rol aplastante de la corona se reconoce como uno de los posibles motivos, junto a otros factores, a la hora de explicar la carencia de la formación de un partido conservador y, más en general, de un sistema de partidos. En Italia se acabó denominando «transformismo»³³ a la peculiar forma de exaltación del «centro» como lugar político y simbólico preferido para garantizar la gobernabilidad, así como a la práctica de trasvases progresivos desde las filas de la oposición a las del gobierno que acompañó en Europa la afirmación del parlamentarismo.

³⁰ MARTUCCI, Roberto: *Storia costituzionale italiana...*, *op. cit.*, p. 245.

³¹ COLOMBO, Paolo: *Storia costituzionale della...*, *op. cit.*, p. 113.

³² TESORO, Marina: *Democrazia in azione. Il progetto repubblicano da Ghisleri a Zuccarini*, Milano, Franco Angeli, 1996.

³³ SABBATUCCI, Giovanni: *Il trasformismo come sistema. Saggio sulla storia politica dell'Italia unita*, Roma-Bari, Laterza.

La «solución transformista»³⁴ —se tiende a reconocer hoy— fue una opción obligada y permitió, aunque fuera a través de un funcionamiento anómalo del sistema representativo, evitar crisis convulsivas de las instituciones y alejar el riesgo de guerra civil. Hay quien ha hablado de «caso italiano» o de defecto de origen, ligándolo al momento de la gestación y del nacimiento de la Italia unida. Sea lo que fuere, nadie pone en duda el hecho de que el nuevo Estado diera sus primeros pasos lastrado por un fuerte *déficit* de legitimidad³⁵. Es imposible explicar en estas líneas las razones, pero baste recordar la distancia o la hostilidad de amplios sectores de la población, especialmente en el sur; el antagonismo y la amenaza latente representada por Mazzini y sus seguidores, que no habían reconocido valor ninguno a los Plebiscitos de unificación³⁶ y, en fin y sobre todo, la hostilidad ideológica de la Iglesia («Syllabus», 1864), que se tradujo en un poderoso factor de deslegitimación de las instituciones y de la corona tras la toma de Roma en 1870³⁷. Fue de cuño católico el paradigma que opuso la Italia «real», esto es, la supuesta mayoría de los italianos que reconocían la autoridad del Papa, a la Italia «legal» de las instituciones y de las leyes del Reino, implícitamente presentada como la minoría del país.

En realidad, durante los primeros veinte años de unidad «Italia experimentó algo similar a un sistema bipartidista»³⁸. En el parlamento, elegido por sufragio restringido, los representantes de la Izquierda histórica, ex mazzinianos convertidos y seguidores de Garibaldi, se enfrentaban desde los bancos de la oposición a la dirección política de la Derecha en el Gobierno, pero al mismo tiempo manifestaban plena y absoluta fidelidad a la Corona y compartían el mismo espíritu de lealismo estatutario que animaba a los moderados. A fin de defender y desarrollar sin riesgo los resultados alcanzados al concluir el proceso del *Risorgimento* y de asignar al nuevo Estado un espacio reconocible en el contexto europeo, las *élites* políticas, tanto de la Derecha como de la Izquierda, sabían que debían permanecer firmemente ancladas a la Monarquía, principal elemento de garantía hacia el exterior y

³⁴ SABBATUCCI, Giovanni: «La soluzione trasformista: Appunti sulla vicenda del sistema politico italiano», *Il Mulino*, 2 (1990), pp. 171-196.

³⁵ DI NUCCI, Loreto y GALLI DELLA LOGGIA, Ernesto (eds.): *Due nazioni. Legittimazione e delegittimazione nella storia dell'Italia contemporanea*, Bologna, Il Mulino, 2003.

³⁶ Los plebiscitos por sufragio universal masculino para obtener la sanción popular *a posteriori* de los resultados alcanzados en el plano político-militar, se desarrollaron en Emilia Romagna y en Toscana en marzo de 1860; en el ex reino de las Dos Sicilias, en Umbría y en las Marcas en octubre-noviembre de 1860; en el Véneto en 1866 y en Lacio en 1870. La pregunta dirigida a los electores, con alguna variante, imponía la opción entre la confirmación de los antiguos reinos o, por el contrario, la unión a Italia bajo la corona saboyana.

³⁷ MAZZONIS, Filippo: «Chiesa e Monarchia sabauda nella storia dell'Italia contemporanea», en F. Mazzonis (ed.), *La monarchia nella...*, *op. cit.*, pp. 189-213; RUMI, Giorgio: «I poteri del re. La Corona, lo Statuto e la contestazione cattolica. 1878-1903», en L. Di Nucci y E. Galli della Loggia (eds.), *Due nazioni. Legittimazione...*, *op. cit.*, pp. 93-108.

³⁸ SABBATUCCI, Giovanni: «La soluzione trasformista...», *op. cit.*, p. 175

óptimo recurso utilizable en el interior para garantizar la estabilidad del sistema y para acometer un proceso de integración social e identitaria. El juramento de fidelidad al rey que todo diputado tenía que pronunciar adquiría así un valor doble y recíprocamente legitimador de la Corona y de la clase política. El vínculo solemne con la Monarquía convertía a la Izquierda en tan idónea para gobernar como lo era la Derecha. Y de hecho, en marzo de 1876, cuando se presentó una circunstancia favorable, Víctor Manuel II no tuvo ningún temor en nombrar Presidente del Consejo al *leader* de los progresistas, Agostino Depretis. Se había producido la alternancia de Gobierno, aun cuando de manera anómala³⁹.

El cuadro cambia completamente en los años ochenta-noventa. Tras la ampliación del sufragio electoral en 1882, las fuerzas políticas que, practicando el abstencionismo electoral, habían negado legitimidad a las instituciones del Reino de Italia, se organizaron mejor y comenzaron a intervenir en la vida parlamentaria. Exponentes de la Extrema Izquierda —radicales, republicanos, socialistas— ocuparon en la Cámara de los diputados algunos escaños, cada vez más numerosos. Entre tanto, los católicos, pese a observar el abstencionismo electoral por respeto al *non expedit* papal, se habían instalado de manera difuminada y estructurada en todo el territorio nacional a través de la Obra de los Congresos. Acaeció así que, para levantar una barrera contra los «subversivos» de diversa inspiración, enemigos de las instituciones y peligrosos para la estabilidad del Estado, se adoptó el modelo transformista, o sea, la construcción de una gran mayoría gubernamental capaz de superar las antiguas divisiones entre Derecha e Izquierda histórica y de delimitar claramente las fronteras en la confrontación con las oposiciones antisistémicas. La fidelidad al Estatuto representó el criterio determinante para estar legitimados a la hora de gobernar. Los «constitucionales», no por casualidad se definieron los liberales, moderados y progresistas de todas las gradaciones unidos por el común denominador monárquico, se identificaron con el Estado. Jugando sobre el tema de la confianza Estatutaria y del lealismo monárquico, fue tomando forma un sistema político «bloqueado», que vio colocarse, de una parte, a las «fuerzas del sistema», a las que correspondía el derecho-deber de gobernar y, de otra, a «las fuerzas anti-sistema», relegadas de manera estable a la oposición⁴⁰. Va de suyo que, por su propia naturaleza, los «constitucionales», que se consideraban expresión del Estado, no sólo rechazaban ser *pars*, es decir, partido, sino que se reservaban

³⁹ No fue la consecuencia de una victoria electoral, sino de una «revolución parlamentaria»: un cierto número de diputados de la Derecha histórica o del así llamado Centro cambiaron de formación, asignando la mayoría a la Izquierda histórica.

⁴⁰ SALVADORI, Massimo: *Storia d'Italia e crisi di regime. Saggio sulla politica italiana. 1861-2000*, Bologna, Il Mulino, 2001. Para una lectura focalizada sobre el período liberal, véase ROGARI, Sandro: *Alle origini del trasformismo. Partiti e sistema politico nell'Italia liberale*, Roma-Bari, Laterza 1999; CAMMARANO, Fulvio: *Storia politica dell'Italia liberale (1861-1901)*, Roma-Bari, Laterza 1999.

el derecho exclusivo a juzgar *si* y *cuándo* tales o cuales personalidades o sectores de la oposición se habían «transformado» lo suficiente —es decir, ofrecían suficientes garantías respecto a la Corona y al Estatuto— como para poder acceder legítimamente al área de gobierno. De hecho, así aconteció en los años a caballo de la I Guerra Mundial, cuando primero los radicales, después los socialistas reformistas y finalmente y de forma oficiosa los católicos⁴¹ entraron a formar parte de la mayoría gubernamental.

Una clave diferente de lectura explica la falta de desarrollo del sistema político y la consolidación de la práctica de gobierno transformista apuntando la luz hacia la Monarquía, aunque empleando una perspectiva diversa. Los liberales, moderados y progresistas, habrían buscado la formación de mayorías gubernamentales lo más amplias y estables posible para «cerrar los espacios de intervención de la Corona»⁴², en una palabra, para afirmar y defender la forma parlamentaria de gobierno.

Sea cual sea la explicación, al poner de relieve el papel de la Monarquía se pueden valorar los motivos que originaron la peculiar forma adquirida por el sistema político italiano desde la Unidad hasta el fascismo y se alcanza a comprender también por qué el transformismo, en cuanto práctica de gobierno, mostró tanta vitalidad⁴³, mucho más allá de la desaparición de la Corona, que en cierta medida lo había justificado y alimentado. Además se puede entender mejor —por lo que se refiere al período prefascista— cómo, antes que hablar de cultura política liberal, es más exacto referirse a «una cultura política monárquica o monárquico-liberal»⁴⁴.

Monarquía e identidad nacional

El periodista e historiador Luigi Salvatorelli, uno de los más fieros acusadores de la Casa de Saboya, se vio obligado a admitir en un librito que tuvo gran difusión en el curso de la campaña electoral para el Referéndum del 2 de junio de 1946, que «la Monarquía ejerció entre 1870 y 1914 una función de continuidad que le era característica, como punto de cohesión y símbolo unitario; esto es, contribuyó a preservar y reforzar el Estado nacional»⁴⁵. Para cuantos se han dedicado al análisis

⁴¹ El Papa concedió parciales suspensiones del *non expedit* en las elecciones políticas de 1904, 1909 y 1913 —en este último caso con sufragio masculino casi universal; el presidente de la Unión Electoral Católica, conde Ottorino Gentiloni, invitó a los electores católicos a sostener a los candidatos liberales que habían garantizado respetar un programa acorde con los intereses de la Iglesia—.

⁴² MAZZONIS, Filippo: *La Monarchia...*, *op. cit.*, p. 78.

⁴³ MUSELLA, Luigi: *Il trasformismo*, Bologna, Il Mulino, 2003.

⁴⁴ BRICE, Catherine: *Le rôle de...*, *op. cit.*, p. 922. Para una definición de «cultura política», véase BERNSTEIN, Serge: «La culture politique», en J. P. Rioux y J. F. Sirinelli (eds.), *Pour une histoire culturelle*, Paris, Seuil, 1997. Para una consideración general de las relaciones entre cultura y organizaciones políticas, véase RIDOLFI, M.: *Storia dei partiti politici. L'Italia dal Risorgimento alla Repubblica*, Milano, 2008.

⁴⁵ SALVATORELLI, Luigi: «Casa Savoia nella storia d'Italia», Roma, Quaderni liberi, 1944, ahora en L. Salvatorelli, *Miti e storia*, Torino, Einaudi, 1964, pp. 153-20.

de los procesos de politización y de nacionalización en la Italia unida y han estado al tanto de los caminos emprendidos para «*fare gli italiani*»⁴⁶, la Monarquía se convirtió en una cuestión privilegiada, o en cualquier caso, no infravalorable. Si tenemos presente que en el período del *Risorgimento* se había cultivado la idea de nación en ambientes preferentes, si no exclusivamente, intelectuales y si recordamos que los súbditos del Reino apenas nacido eran en gran mayoría analfabetos y que, a causa de la aceleración de los acontecimientos entre 1859 y 1960 no habían tenido ni siquiera tiempo de formarse una idea de lo que significaba la palabra Italia, podemos comprender que el cuerpo del rey acabase jugando un papel clave para personificar a la patria unida. La figura física de Víctor Manuel II sustituyó a la imagen demasiado abstracta y demasiado «débil» de Italia⁴⁷. Las *élites* políticas se mostraron conscientes de que el joven Reino necesitaba apoyarse en un consenso difuso, toda vez que ponía de manifiesto una preocupante carencia de legitimación: los instrumentos represivos —por ejemplo la guerra al bandolerismo en el profundo Sur— no bastaban para hacer reconocer la autoridad, mientras que la unificación jurídica y normativa —el modelo administrativo centralista— no garantizaba de por sí la estabilidad de las instituciones. Hacía falta actuar de manera adecuada en la construcción y difusión de un «credo nacional»⁴⁸. Así pues, en primer lugar los exponentes de la Derecha histórica, con bastante cautela, y sucesivamente los hombres de la Izquierda histórica, de manera más convincente, se esforzaron en fundar una religión civil para los italianos *usando* la Monarquía. Más allá de tal objetivo, que no puede decirse que fuera plenamente alcanzado, queda el hecho de lo verdaderamente imponente que fue el empleo de recursos y de energía por parte de los *state builders* para conformar en torno a la corona una sistema de valores compartidos y para infundir en los italianos un sentimiento de común pertenencia. En semejantes procedimientos participaron directamente Víctor Manuel II, Humberto I y Víctor Manuel III: dando la vuelta el primero a la relación entre Corona y nación —debiendo identificarse ésta última con el rey de Piamonte, convertido en rey de Italia, y no al revés—, consintiendo los otros dos en «italianizar» la Monarquía al estrechar en un nudo inextricable la Corona, el Estatuto y la nación⁴⁹, y contribuyendo también personalmente a elaborar y a celebrar los ritos nacionales y dinástico-nacionales.

⁴⁶ Es la famosa expresión del exponente del moderantismo, Máximo d'Azeglio.

⁴⁷ PORCIANI, Ilaria: «Stato e nazione: l'immagine debole dell'Italia», en S. Soldani y G. Turi (eds.), *Fare gli italiani...*, op. cit., pp. 385-428.

⁴⁸ MOSSE, George L.: *La nazionalizzazione delle masse. Simbolismo politico e movimenti di massa in Germania (1815-1933)*, Bologna, Il Mulino, 1975.

⁴⁹ MAZZONIS, Filippo: «La Monarchia e il *Risorgimento*»; BRICE, Catherine: «La dinastia Savoia», en E. Cecchinato y M. Isnenghi (dirs.), *Gli italiani in guerra. Conflitti, identità, memorie dal Risorgimento ai nostri giorni*, Torino, Utet, 2009, p. 202; COLOMBO, Paolo: «Una corona per la Nazione: considerazioni sul ruolo della monarchia costituzionale nella costruzione dell'identità italiana», en M. Tesoro (ed.), *Monarchia*

En Italia, justamente por el modo en que se determinó históricamente el nacimiento del Estado nacional, la Monarquía concentró en sí un *surplus* de valores simbólicos respecto a las otras casas reinantes en Europa y el soberano constituyó el recurso más rico y maleable para satisfacer una serie de necesidades. Sobre todo fue su persona, declarada «sagrada e inviolable» —art. 4 del Estatuto—, santificada como símbolo de la unidad nacional, honrada y amada como la del «padre» de la «familia italiana» —una de las «comunidades imaginarias» de las que habla Anderson—⁵⁰ la que aplacó la sed de lo sagrado que existe en una sociedad secularizada o en curso de secularización, como era el caso de la italiana entre la mitad del Ochocientos y los inicios del siglo xx⁵¹. La grieta abierta con la Iglesia católica no hizo sino exigir esfuerzos más intensos en esta dirección. Es más: no sólo el rey fue *usado* para «verificar el sentimiento de adhesión a las instituciones»⁵², sino que «sirvió también como precioso «material» modelable, de formas dinámicas y siempre capaces de recomponerse, con el que conferir a los ciudadanos mayor conciencia de sí mismos y hacerles partícipes también del común destino nacional»⁵³. En resumen, la Monarquía se ubica en el punto de intersección de dos procedimientos que consisten, de un lado, en la tentativa de «sacralizar la política» mediante ritos y liturgias, para suscitar en cada uno de los individuos sentimientos particulares de pertenencia y solidaridad, de orgullo y espíritu de sacrificio, de deber y lealtad al Estado y, del otro, en el bosquejo de un proyecto de «nacionalización de las masas», mediante la selección de iconos, símbolos y mitos susceptibles de adaptarse a la construcción de la identidad colectiva⁵⁴. Su abolengo se prestaba perfectamente a la operación, gracias al trasvase de sus recursos simbólicos de Piamonte a Italia. La gloriosa y «milenaria» dinastía garantizaba la transferencia de las virtudes y de los valores del linaje, a lo largo de la línea de descendencia, de un soberano a otro, hasta el último, el padre de la familia-nación, capaz de infundir aquellas mismas virtudes y aquellos mismos valores en la colectividad entera. En la historiografía saboyanista y en los programas escolares se presentaba el relato de los Saboya como italianos «de siempre», animados de sentimientos patrióticos antiguos, conscientes de que la misión nacional estaba inscrita en su destino. Poco importa si, por el contrario, los hechos nos dicen que el viraje en

tradizione identità..., op. cit., pp. 21-33.

⁵⁰ ANDERSON, Benedict: *Le comunità immaginate. Origine e diffusione dei nazionalismi*, Roma, Manifestolibri, 1996.

⁵¹ Para un planteamiento actual del problema y para una distinción entre religión civil y religión política, véase GENTILE, Emilio: *Le religioni della politica. Fra democrazie e totalitarismi*, Roma-Bari, Laterza, 2001.

⁵² RIDOLFI, Maurizio: *Le feste nazionali*, Bologna, Il Mulino, 2003, p. 28.

⁵³ TESORO, Marina: «Introduzione», en M. Tesoro (ed.), *Monarchia tradizione identità...* op. cit., p. 4.

⁵⁴ RIDOLFI, Maurizio, BRICE, Catherine y DE GIORGI, Fulvio: «Religione civile e identità nazionale nella storia d'Italia: per una discussione», *Memoria e ricerca*, 13 (2003), pp.133-153.

sentido nacional del rey de Piamonte no se produjo antes de 1859. Interesa más bien hacer notar que tal uso de la historia se configura como un caso elocuente de «invención de la tradición»⁵⁵, útil para alimentar el mito de fundación nacional en torno a la corona.

¿Una religión civil italiana?

La construcción de un vocabulario simbólico hecho de palabras y de imágenes, de arquitecturas y monumentos, de representaciones y ceremonias, de fiestas y ritos procedió en Italia por fases.

En el primer período postunitario los procedimientos de nacionalización reflejaron la concepción elitista de la Derecha histórica. Los herederos de Cavour desconfiaban de cualquier forma de implicación de la población, incluso de la meramente emotiva. Por su parte, a Víctor Manuel II no le gustaba aparecer ante la gente y evitaba en lo posible las ceremonias y las ocasiones públicas. El mensaje que conducía a identificar la nación con la corona y la patria con el rey pasaba a través de los instrumentos tradicionales de la nacionalización: la escuela y el ejército. La tarea de integración social, jugada sobre la centralidad de la corona, parecía limitarse a los sectores cultos de la sociedad —aristocracia, burguesía— y se confiaba esencialmente a la pluma de los historiadores saboyanistas⁵⁶. La primera *vulgata* del *Risorgimento* exaltaba de modo prácticamente exclusivo el papel de la Monarquía, contaba la fábula de la dinastía «italiana», construía el mito de Carlos Alberto, el «rey magnánimo» —porque otorgó el Estatuto— y de Víctor Manuel II, «el rey gentilhomme» —porque mantuvo su lealtad a la palabra dada y no abrogó la carta constitucional— y conservaba cuidadosamente en la sombra a los otros protagonistas del *Risorgimento*, incluso a Garibaldi, que había ofrecido, sin embargo, a la Corona de los Saboya un potente refuerzo, tanto en el plano militar como también en términos de legitimación popular. Se manifestaba con ello una notable dificultad a la hora de individualizar en el plano simbólico datos o acontecimientos que pudieran adquirir un significado nacional y reconocido por todos. Se renunció así a elaborar un calendario de los rituales civiles y en 1865 se adoptó la solución de celebrar la concesión del Estatuto, como ya era usual en el Reino preunitario de los Saboya. La fiesta del Estatuto reflejaba explícitamente la intención de afirmar la continuidad del Piamonte en Italia, tiñendo de tonalidades simbólicas el texto constitucional *octroyé* por Carlos Alberto y «transmitido» a la nación y al Estado a través de Víctor Manuel II. El rito servía para confirmar el fundamento de la autoridad del Estado frente a sus súbditos, pero también respecto a la Iglesia. Sin

⁵⁵ HOBBSAWM, Eric J. y RANGER, Terence (eds.): *L'invenzione della tradizione*, Torino, Einaudi, 1987.

⁵⁶ LEVRA, U.: «I soggetti, i luoghi, le attività della storiografia «sabaudista» nell'Ottocento», en F. Mazzonis (ed.), *La monarchia nella...*, op. cit., pp. 223-238.

embargo, encorsetada dentro de un modelo protocolario rígido bajo el signo de la oficialidad, esta única fiesta nacional «obligatoria», lejos de suscitar sentimientos compartidos y de pertenencia, permaneció siempre fría y poco participativa. Sufrió además la competencia y la recurrencia católica del *Corpus domini*, casi concomitante, celebrado dentro de iglesias habitualmente abarrotadas de público. En los años de la Derecha histórica, la persona física del rey se había identificado ya con Italia en el imaginario colectivo, pero no se puede hablar todavía de ritualística, iconografía y monumentalística nacionales y codificadas.

El punto de viraje coincidió con los funerales de Víctor Manuel II, en enero de 1878. Desde ese momento se intensificaron los esfuerzos para alimentar la religión de la patria y cambiaron los contenidos del mensaje que había que transmitir a los italianos. No fue una casualidad que el gran maestro de ceremonias de aquel acontecimiento fuera Francesco Crispi, ex mazziniano y brazo derecho de Garibaldi en 1860. Tras haber acuñado en 1865 la famosa frase, «la Monarquía nos une, la República nos dividiría», bastante eficaz en el plano de la comunicación, el sanguíneo político siciliano aprovechó la oportunidad de la ceremonia de duelo en honor del primer rey de Italia para poner en marcha un proyecto de nacionalización que compartía con otras personalidades de la Izquierda histórica. Si el objetivo era suscitar sentimientos de cohesión nacional y de consenso en torno a la instituciones, para transformar a los súbditos en ciudadanos conscientes, es porque había llegado el momento de «popularizar» la Monarquía, de hacer salir al rey del palacio para llevarlo a las plazas, en contacto con la gente. Crispi se mostró totalmente convencido de la necesidad de que también Italia, como todos los Estados nacionales, debía adoptar formas de ritualidad política susceptibles de conmover y emocionar⁵⁷. Mientras daba instrucciones precisas y minuciosas para organizar el transporte del féretro a través de las calles de Roma hasta el Panteón, precipitada pero genialmente elegido como sagrario de los reyes de Italia⁵⁸, Crispi escribió a su fiel amigo Cesare Correnti: «No tenemos precedentes. Tanto mejor. Inventadlos [...]. Estas solemnidades [son inútiles] si no hablan a los sentidos y al mismo tiempo a la imaginación»⁵⁹. Se alcanzó el objetivo de transformar la liturgia en un nuevo plebiscito —el «plebiscito del dolor»—. Los funerales del «gran rey» representaron una suerte «línea divisoria en la historia de la Italia liberal»⁶⁰.

⁵⁷ DUGGAN, Christopher: *Creare la Nazione. Vita di Francesco Crispi*, Bari-Roma, Laterza, 2000.

⁵⁸ TOBIA, Bruno: «Da Vittorio Emanuele II a Umberto I: la sacralizzazione laica del Pantheon», en M. Tesoro (ed.), *Monarchia tradizione identità...*, op. cit., pp. 83-93.

⁵⁹ PALMENGHI CRISPI, Francesco: *Carteggi politici inediti di Francesco Crispi*, Roma, L'Universelle, 1912, pp. 348-349.

⁶⁰ DUGGAN, Christopher: *La forza del destino. Storia d'Italia dal 1796 a oggi*, Roma-Bari, Laterza, 2008, p. 351.

Cambió la naturaleza del mito de Víctor Manuel II: de «rey gentilhomme» se transformó en «Padre de la patria», porque habría sabido interpretar las demandas de *todos* los creyentes y combatientes por la Italia unida, fuera cual fuese su matriz ideológica, moderada o, por el contrario, democrática. Y cambió también la representación del *Risorgimento*: la parte jugada por los garibaldinos y hasta por cuantos compartieron la inspiración unitaria y nacional de Mazzini —se hacía el silencio, naturalmente, sobre su credo repubblicano— resultaba ahora reconocida y valorada. A partir de finales de los años Ochenta, el *Risorgimento* acabó siendo presentado en el plano historiográfico, pero sobre todo en la publicística y en la narración de los programas escolares⁶¹, como el resultado de la noble alianza entre trono y pueblo. La Monarquía italiana se agrandaba así como caso único de Monarquía «revolucionaria». En la compleja obra de pedagogía nacional que tomó cuerpo y se desarrolló en coincidencia con los gobiernos de la Izquierda histórica, se siguió colocando a Víctor Manuel II en posición central y elevada, pero comenzó a estar flanqueado por otras figuras y otros protagonistas.

En este espíritu, mientras los símbolos dinásticos exaltaban el *Risorgimento* como revolución nacional-popular, se concretaban los lugares de memoria a través de la creación de los museos del *Risorgimento* o de la erección de monumentos en los sitios de las batallas campales contra los habsbúrgicos o los borbónicos. La estatua de Víctor Manuel II, representado preferiblemente a caballo y en uniforme de comandante militar, comparecía en las plazas de las principales ciudades italianas. En 1880 se convocó un concurso internacional par la construcción en Roma de un monumento destinado a celebrar al «Padre de la patria». El *Vittoriano* fue inaugurado en 1911 con ocasión del quincuagésimo aniversario de la Unidad. La estatua ecuestre del soberano se antepone a una grandiosa arquitectura en mármol blanco, rica en alegorías, ninguna de las cuales por otra parte se refiere a Italia, aunque aquel lugar nació —y se mantiene aún— como altar de la patria⁶². El mito del «gran rey», alimentado con una finalidad de integración social y política, así como para suscitar sentimientos de cohesión comunitaria, encontró confirmación en el peregrinaje popular al Panteón (1884), interpretado como una reiteración de los Plebiscitos —de unificación en 1860 y del dolor en 1878— y denominado de hecho «Plebiscito de la gratitud».

Sin embargo, la posibilidad de que la religión civil pudiera tomar cuerpo y consistencia en poco tiempo y echar raíces profundas, como habrían pretendido los gobiernos de la Izquierda histórica, habría requerido que el soberano compar-

⁶¹ ASCENZI, Anna: *Tra educazione etico civile e costruzione dell'identità nazionale: L'insegnamento della storia nelle scuole italiane dell'Ottocento*, Milano, Vita e Pensiero, 2004.

⁶² TOBIA, Bruno: *L'altare della patria*, Bologna, Il Mulino 1998; BRICE, Catherine: *Le Vittoriano: monumentalité publique et politique a Rome*, Roma, École Française de Rome, 1988.

tiera antes que nada un programa semejante y que estuviera dispuesto a dejarse *usar* con tal fin. A diferencia de su padre, arisco y poco dado a los rituales en los comportamientos tanto personales como institucionales, Humberto I mostró al inicio de su reinado una clara predisposición a llevar la realeza en medio del pueblo, invirtiendo la dirección de los antiguos ritos dinásticos —los súbditos iban al rey y nunca al revés—, y sobre todo pareció comprender que nacionalizar y popularizar la Monarquía servía sobre todo para fidelizar definitivamente a los italianos con la dinastía. Humberto gozó de una ventaja particular: tuvo a su lado a una bella mujer como Margarita, elegante y dotada de gran *charme*, también ella de sangre azul, de la rama de los Saboya-Génova. La «pareja áurea» observó diligentemente el calendario de viajes a lo largo de todo el territorio nacional que el primer garibaldino Presidente del Consejo, Benedetto Cairoli, había dispuesto en 1878, y ni siquiera se dejó amedrentar por graves incidentes como el atentado de Passannante⁶³. La práctica de las visitas a las ciudades italianas continuó incluso en años sucesivos. Creció la popularidad de la Monarquía. El cúlmén del éxito pareció conseguirse cuando el gran poeta Giosuè Carducci, hasta no mucho tiempo antes ardoroso republicano y denigrador de la dinastía, dedicó a la reina palabras inflamadas de admiración⁶⁴. Gracias también a revistas de amplia difusión popular, como *L'Illustrazione Italiana* o a periódicos femeninos como *Margherita*, se fue construyendo la alegoría de la pareja real perfecta y bien avenida —una completa falsificación—, unida bajo el signo de la generosidad y del amor a Italia y a los italianos. Bajo este icono, el uno, el «buen» rey, aparecía con los ropajes del padre valeroso, presto a bajar junto a su pueblo en las desventuras —estuvo personalmente presente durante las inundaciones del Véneto y durante la epidemia de cólera en Nápoles y anduvo entre los escombros tras el terremoto de Casamicciola— y la otra, la reina «gentil», era pintada con la veste de madre cariñosa, una figura casi angelical, capaz de aportar serenidad y alivio a los necesitados con obras de asistencia y beneficencia⁶⁵. En 1886 la publicación de *Corazón*, el libro de Edmundo de Amicis, que tuvo un arrollador éxito de público y que durante decenios siguió siendo una suerte de novela de formación para generaciones enteras de escolares italianos, ofreció una contribución no desdeñable a la representación de la «Monarquía popular»⁶⁶.

⁶³ LUCIANI, Francesco: «La «Monarchia popolare». Immagini del re e nazionalizzazione delle masse negli anni della Sinistra al potere», en F. Mazzonis (ed.), *La monarchia nella...*, op. cit., pp. 141-188; TESORO, Marina: «L'attentato Passannante: lettere al Ministro degli Interni Giuseppe Zanardelli», en *Zanardelli: una famiglia ghisleriana*, Pavia, Collegio Ghislieri - Como, 2005, pp. 27-52.

⁶⁴ En el poema «Ode alla regina d'Italia» (1878) y en la prosa «Eterno femminile regale» (1881).

⁶⁵ ALFASSIO GRIMALDI, Ugoberto: *Il re «buono»*, Milano, Feltrinelli, 1973; CASALEGNO, Carlo: *La regina Margherita*, Bologna, Il Mulino, 2001.

⁶⁶ PÉCOUT, Gilles: «Le livre Cour. Education, culture et nation dans l'Italie libérale», postfacio a E. de Amicis, *Le livre Cour*, Paris, Ed. Rue d'Ulm, 2002. Son particularmente sugestivas las narraciones

Parece difícil medir cuánto camino se recorrió en dirección de la religión civil italiana empleando el mapa de Humberto y Margarita. Hay investigaciones recientes que demuestran que a partir del período humbertino se intensificaron los rituales públicos, centrados esencialmente en recurrentes conmemoraciones dinásticas —matrimonios, bautismos, funerales, cumpleaños, aniversarios—, aunque tales momentos adquirieron después, frecuentemente, la dimensión de fiestas civiles. La fidelización a la nación fue perseguida por medio de la sacralización de la dinastía y de los soberanos. Por este motivo se ha sugerido hablar de una «religión civil dinástica»⁶⁷ en el caso italiano. Por lo demás, la ambigüedad de fondo, que llevaba a no distinguir entre fiestas de familia —real— y fiestas civiles, se reflejaba asimismo en las estrategias de comunicación, inciertas y contradictorias respecto al objeto de celebración —¿la milenaria y gloriosa dinastía, o más bien, el joven Estado y la patria italiana?—⁶⁸. Con el resultado de que el clima de excitación suscitado por las coreografías suntuosas y por los ritos deslumbrantes en torno a la persona y a los símbolos de los Saboya no se traducían, de hecho, en una progresiva y generalizada consolidación de la identidad nacional. Importantes sectores de la sociedad italiana no se dejaban implicar en los ceremoniales dinástico-nacionales y usaban severas varas de medir para enjuiciar valorativamente los comportamientos del soberano y el mismo papel de la Corona. Así aconteció, por ejemplo, en tiempos del escándalo de la Banca Romana, que pareció implicar al rey y a algunos miembros de la Corte. A finales de los años noventa, «la Monarquía italiana —como escribió el socialista Arturo Labriola— se encontró muy decaída en la opinión del país»⁶⁹. Se puede decir que la muerte violenta de Humberto I sirvió a la Corona como ancla de salvación. El «rey bueno» se transformó inmediatamente en el «rey mártir», pero la fuerte emoción del momento se disolvió con presteza, sin dejar trazas duraderas y significativas por lo que atañe al proceso de nacionalización⁷⁰. Al menos hasta la guerra de Libia (1911-1912), que funcionó como un nuevo trampolín para relanzar el mito de la «misión» nacional italiana, la tarea de mediación e integración que la Corona estaba llamada a desempeñar resultó culminada sólo parcialmente. Es verdad: hay quien ya hablaba de «Monarquía socialista» o de «monarquización del socialismo»⁷¹; Giolitti había declarado en el Parlamento

tituladas «Los funerales de Víctor Manuel» y «El rey Humberto».

⁶⁷ BRICE, Catherine: «La religion civile dans l'Italie libérale: petites et grands rituels politiques», en G. Bertrand e I. TADDEI (eds.), *Le destin des rituels: faire corps dans l'espace urbain: Italie-France-Allemagne*, Roma, École Française de Rome, 2008.

⁶⁸ Véase como ejemplo, TESORO, Marina: «Prove per un giubileo. Le feste pubbliche per le nozze d'argento di Umberto e Margherita di Savoia», en M. Tesoro (ed.), *Monarchia tradizione identità...*, op. cit., pp. 95-121.

⁶⁹ LABRIOLA, Arturo: *Storia di dieci anni. 1899-1909*, Milano, Feltrinelli, 1975 [1910].

⁷⁰ MALATESTA, Maria (ed.): *La morte del re e la crisi di fine secolo*, Roma, Bulzoni, 2001.

⁷¹ MISSIROLI, Mario: *La monarchia socialista*, Bologna, Cappelli, 1971 [1914]; GHISLERI, Arcangelo:

en 1903 que los republicanos no tenían ya razón de existir⁷², mientras que los católicos se habían acercado progresivamente a los liberales «constitucionales» hasta el punto de estrechar con ellos acuerdos electores más o menos secretos. Sin embargo, las culturas políticas antagónicas —socialista, republicana, católica— seguían autoalimentándose y muchos italianos se reconocían sólo parcialmente, o de ninguna manera, en la Italia saboyana, tomando más bien como referencia otros sistemas simbólicos y axiológicos.

Un aparente relanzamiento de popularidad de la Monarquía se produjo con ocasión de la Gran Guerra. La representación de Víctor Manuel III como «rey soldado», siempre uniformado, expuesta tanto en las líneas del frente externo como en las del interno, fue ampliamente utilizada para los fines de la propaganda bélica⁷³. En realidad, el conflicto mundial, en el que se combatió incluso al grito de «¡Adelante los Saboya!», no sirvió para cimentar sentimientos de cohesión comunitaria ni reforzó la identidad nacional, sino que al contrario, acabó por añadir profundos elementos de conflicto entre los italianos.

Con todo, el mito del rey «primer soldado de Italia» se tornó útil en el momento del choque entre Víctor Manuel III y Mussolini, justamente porque la exaltación de la guerra constituía uno de los pilares fundacionales del fascismo. «¡Majestad, os traigo la Italia de Vittorio Veneto!», habría declarado el futuro *Duce* al recibir del rey el encargo de formar gobierno el 30 de octubre de 1922. Igual que sucedió en la esfera constitucional, así también la Monarquía italiana aceptó, con alguna reserva, fascitizarse en su semblanza simbólica. El nuevo traje bordado y puesto sobre Víctor Manuel III fue el del «rey que mira lejos», porque dejó espacio a la obra de regeneración moral de los italianos emprendida por el fascismo. Se selló un nuevo pacto: de una parte, las camisas negras, junto con la Corona, se empeñaron en dar cumplimiento a la revolución nacional que se había puesto en marcha en el *Risorgimento* bajo las enseñas saboyanas, pero que había quedado inconclusa por exclusiva responsabilidad de la vieja clase dirigente liberal; de otra parte, el rey se ofreció a sí mismo, junto con la gloria de su linaje, como garantía ante la sobrevenida monopolización política e ideológica de la nación por parte del fascismo —«la patria es fascista», «italianos puesto que fascistas»⁷⁴.

Consumada esta elección, la Monarquía ya no podría pretender credibilidad, y mucho menos fidelidad, por parte de quienes fueron declarados —y perseguidos—

La monarchia e i socialisti nell'ora presente, Milano, Edizioni dell'Educazione politica, 1902.

⁷² SPADOLINI, Giovanni: «Lettera a Arturo Colombo», en M. Tesoro (ed.), *I repubblicani nell'età giolittiana*, Firenze, Le Monnier, 1978, p. xxv.

⁷³ SIGNORI, Elisa: «La Grande guerra e la monarchia italiana: il mito del «re soldato», en M. Tesoro (ed.), *Monarchia tradizione identità...*, op. cit., pp. 183-213.

⁷⁴ GENTILE, Emilio: *La grande Italia. Il mito della nazione nel xx secolo*, Roma-Bari, Laterza, 2006, parte tercera *La nazione dei fascisti*.

por el régimen como anti-italianos. En efecto, el antifascismo italiano, tan variado en su interior, reconocerá en gran medida de un punto convergencia en el ideal republicano. El gran trauma nacional del 8 de septiembre —proclamación del armisticio con los anglo-americanos, simultáneo abandono de la capital por parte del rey y de su Gobierno sin dejar claras instrucciones a los comandantes militares e inicio de la ocupación alemana— fue percibido por todos como el momento de la descomposición del Estado, y por algunos incluso como la «muerte de la patria»⁷⁵. Los italianos se encontraron en la dramática tesitura de decidir cuál sería la «verdadera» Italia⁷⁶. La Monarquía, por toda la carga de recursos simbólicos que concentraba, por estar estrechamente enlazada con la historia nacional y por razones del momento, finalmente políticas —el gobierno del rey había sido el interlocutor exclusivo de los aliados y garantizaba el armisticio—, ocupó un espacio central durante todo el último período de la guerra, que fue también una guerra civil. El debate entre la perspectiva de la continuidad —de la forma del Estado, de las instituciones, del sistema de relaciones sociales, de los modelos culturales— y la idea de un cambio radical para fundar una «nueva» Italia contrapuso y dividió a los protagonistas del «II Risorgimento», que es como fue definida la Resistencia. Este desacuerdo giraba esencialmente en torno al juicio histórico y político sobre la Monarquía, más que acerca de las responsabilidades específicas de Víctor Manuel III. El gesto del soberano que abandona Roma, dejando la «nación en desbandada»⁷⁷, había roto, para muchos de forma definitiva, la ligazón con la corona, debido a que en esta circunstancia el nieto de Víctor Manuel II, «Padre de la patria», demostró no saber o no querer hacer frente a su deber. El soberano rompió el pacto con la nación y con sus súbditos, que comportaba la capacidad de garantizar autoridad, orden y seguridad, para obtener a cambio legitimidad.

Por otra parte, no se puede olvidar tampoco que existió una Resistencia liberal-monárquica o simplemente «en el nombre del rey» y que muchos actos heroicos y patrióticos fueron ejecutados por no traicionar el juramento de fidelidad a la bandera, en cuyo centro figuraba el emblema saboyano, como sucedió a los militares y a los oficiales muertos cruelmente por los nazis en Cefalonia.

Además, no hay que infravalorar el poder de sugestión que, pese a todo, la Monarquía continuaba ejerciendo sobre una parte de los italianos, por causas tanto emotivas como racionales. Para relanzar la imagen de la corona, el nuevo

⁷⁵ A partir de las reflexiones de Ernesto GALLI DELLA LOGGIA, reunidas en el volumen *La morte della Patria*, Roma-Bari, 1996, se ha abierto en Italia un amplio debate historiográfico, con significativas repercusiones también en el discurso público.

⁷⁶ PAVONE, Claudio: *Una guerra civile. Saggio sulla moralità della Resistenza*, Turín, Bollati Boringhieri, 1991.

⁷⁷ AGA ROSSI, Elena: *Una nazione allo sbando. L'armistizio italiano del settembre 1943*, Bolonia, Il Mulino, 2003 [1993].

soberano Humberto II, «el rey de mayo»⁷⁸, jugó la carta del atractivo personal y de la familia joven y «democrática» —cuatro hijos pequeños y una mujer, María José, que durante la guerra había entablado relaciones con antifascistas liberales—. A nivel popular, especialmente en las regiones meridionales, esta operación de fascinación pareció funcionar. Y en cualquier caso, en determinados ambientes sociales y territoriales se conservaron las huellas del proceso de fidelización a la dinastía y, por medio de esta, a la nación, puesto en marcha por las *élites* liberales antes del advenimiento del fascismo. En el plano específicamente político, la orientación filomonárquica mostraba una motivación de tipo conservador. Los católicos más ligados a las posiciones de la Santa Sede tomaron parte por la Corona, porque temían el «salto en el vacío» de la República como si se tratase casi de un riesgo de revolución. Los viejos liberales de la Italia prefascista, como Benedetto Croce, Francesco Saverio Nitti o Vittorio Emanuele Orlando continuaban creyendo en las virtudes de la Monarquía como poder neutro y moderador. Luigi Einaudi, futuro primer presidente electo de la República italiana, votó a favor de la Monarquía porque —según escribió— la institución monárquica, entendida como

poder conservador [...] garantiza a los hombres la defensa de las tradiciones y la protección contra las novedades no queridas verdaderamente. [Asimismo] no toma partido a favor de ninguna persona ni de ningún grupo en concreto, pero no es pasivo [ya que], teniendo en sus manos la elección de los hombres llamados a formar el gobierno ejecutivo [...] puede influir grandemente sobre la formación de la clase política y, a través de esta, sobre el país⁷⁹.

Sin tener en cuenta estos factores no se logra comprender cómo la Monarquía pudo jugar la partida hasta el fondo y por qué Humberto II se encontró durante algunos días animado a no reconocer el éxito del Referéndum, que asignaba la victoria a la República por una escasa diferencia de votos⁸⁰. Sin embargo, la partida del rey para el exilio en Portugal, el 13 de junio del 1946, puso la palabra *fin* en la historia de la Monarquía italiana, no sólo como institución, sino también como referente de una cultura política monárquica o monárquico-liberal. El pequeño partido monárquico, tras una breve aparición, se esfumó de la escena política; la patrulla de nostálgicos que celebran los ritos dinásticos parece hoy ya casi extinguida. De la Italia de los Saboya quedan aún pistas en los monumentos y en la

⁷⁸ El 9 de mayo de 1946, en plena campaña del Referéndum, Víctor Manuel III abdicó en favor del hijo que había desempeñado durante casi dos años la función de Lugarteniente del Reino. Este movimiento, realizado *in extremis* por la Monarquía, servía para afrontar el veredicto electoral con un nuevo rey en el trono, menos discutido y comprometido. Aquella decisión, sin embargo, rompía la «tregua institucional» acordada desde finales de enero de 1944 con los partidos políticos de orientación republicana, que de hecho, exacerbaban el tono de la polémica antisaboyanista.

⁷⁹ Citado en LANARO, Silvio: «Una istituzione *super partes*? Il ruolo della Corona nella politica italiana», en F. Mazzonis (ed.), *La monarchia nella...*, *op. cit.*, 37.

⁸⁰ 12.718.641 en favor de la República, 10.718.502 en favor de la Monarquía.

toponimia, así como en las páginas de alguna revista dedicadas a los escándalos o en alguna transmisión televisiva de entretenimiento.

Obscurecida en la memoria de los italianos, la Monarquía merece hoy, sin embargo, el atento interés de los historiadores, llamados a investigar en el pasado más o menos próximo los posibles motivos que explican el permanente estado de debilidad de la identidad italiana. En efecto, así como en el período liberal logró afirmarse con esfuerzo una religión civil, o mejor dicho, llegó a esbozarse una religión civil dinástica, de la misma manera, en la Italia democrática resultó «compleja la correlación entre historia nacional, «amor a la patria» y ciudadanía republicana». Con el efecto de que «de ello derivó una tan débil como incompleta religión civil»⁸¹. Sobre todo en los últimos años se vienen propagando lecturas desacralizadoras de la historia nacional —en particular de los dos momentos fundacionales, el *Risorgimento* y la Resistencia— y en la opinión pública ha arraigado una actitud de indiferencia, de desamor e incluso de desprecio por los valores unitarios. Mientras se acerca la fecha de celebración del CL aniversario de la Unidad, crecen las invectivas en el discurso público. Las tesis críticas, cuando se presentan argumentadas, suenan tan extremistas y radicales que alimentan el arriesgado juego de la división y de la deslegitimación⁸².

⁸¹ RIDOLFI, Maurizio: «Introduzione», en M. Ridolfi (ed.), *Almanacco repubblicano. Storia d'Italia attraverso le tradizioni, le istituzioni e i simboli repubblicani*, Milano, Bruno Mondadori, 2003, p. xx.

⁸² RUFFOLO, Giorgio: «L'unità in pericolo», *La Repubblica* (9-ix-2009).